

una de esas magníficas moradas de los hombres. ¿Qué mucho si de Itálica no quedan sino estos vestigios trabajados por el tiempo, que desaparecerán á su vez? De Sagunto sobra menos, y nadie sabe dónde fué Numancia. Nuestros descendientes harán las mismas reflexiones, de aquí á dos ó tres mil años, cuando en su melancolía contemplen los vestigios de las ciudades hoy vivas y robustas. Aquí fué Zaragoza, dirán unos; aquí fué Gades, dirán otros. ¿Oyes cómo la corneja rompe este silencio con su grito fatídico? Es el habitante de las ruinas, triste como la muerte. Vámonos, Sancho; el corazón se me está llenando de una tristeza que no es la mía. — Cuanto y más que ya obscurece, respondió Sancho, y añadió: ¿No puede el rey levantar y reedificar esta ciudad, y poblarla de nuevo como estaba antes?

— «El pueblo destruído, los muros trastornados  
Nunca jamás non fueron fechos nin restaurados,»

respondió D. Quijote con Gonzalo de Berceo, y salió de los escombros en busca de su caballo.



## CAPITULO LIX

QUE TRATA DE LA ÚLTIMA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ Á NUESTRO  
BUEN CABALLERO D. QUIJOTE

Aquí se le ocurrió de nuevo á Sancho Panza tentar el vado para su eterna pretensión de irse á su casa de buenas con su amo; y como hallase no tan mal templada la guitarra, salió del medio rebozo y dijo: «¿Si diésemos por concluídas nuestras aventuras, señor, y tornásemos á nuestro pueblo á vivir como hombres de bien y buenos cristianos? Harto hemos hecho por la fama; convendría ya que mirásemos un tanto por la felicidad doméstica. — ¿Por no dar la última mano á la obra, respondió don Quijote, serías capaz de quedarte sin tu reino? ¿Ahora que todo está hecho quieres que nos volvamos á vivir como unos guardamateriales, ó como poetas compungidos que pasan la vida mirando á las estrellas? — ¿Es cosa mala ser poeta?, preguntó Sancho. — No digo eso; lo que digo es que es malo ser de los insignificantes é inútiles; de esos majaderos que no sirven ni á Dios ni al diablo. Mas ojalá que la poesía no faltara de ninguna de las profesiones, como no falta de la caballería andante. Tristán de Leonís, no solamente se regalaba con hacer trovas muy puestas en orden, sino también era gran tañedor de arpa. Tañendo y cantando infundió en el corazón de la reina Iseo el amor al cual sucumbieron uno y otro. D. Duardos, D. Belianís de Grecia, D. Olivante de Laura, el príncipe Rosicler eran

unos gerifaltes para esto de recuestar en verso á las damas. ¿Y Florambel de Lucea no puso á la princesita Griselinda á deshacerse por él, sin más que tocar su laúd «con tanta gracia y dolor,» que las señoras que le estaban oyendo se pusieron á llorar de enternecidas y apasionadas? Gofre Ricel, trovador provenzal, se dejó morir de amor por la condesa de Trípoli, y se murió cantando su cuita. ¿Pues Nuño Vero?

«Nuño Vero, Nuño Vero,  
Buen caballero probado,  
Hinquedes la lanza en tierra  
Y arrendedes el caballo.»

Este caballero tan probado hincaba la lanza en tierra, arrendaba el caballo, y eran cosa de oír las entonaciones amorosas de su laúd y las trovas con que gemía al pie de las ventanas de su dulce amiga. Una amable necesidad nos pone muchas veces en el artículo de sacrificar á las Musas, como cuando en un castillo alguna enamorada princesa nos canta por la noche en el jardín sus gratos dolores. ¿Qué harías tú en semejante caso? — Si me sé acordar, respondió el escudero, en un cumpleaños de mi hija Marisancha hice unos versos de poner con prólogo en libro. — Con prólogo, biografía del autor y muchas laudatorias, amigo Sancho Panza, según el estilo del día. Por desdichado que seas, admiradores no te han de faltar. Aún puedes hacer otra cosa, y es un cambio de biografías con un compadre tuyo, como ya lo hemos visto: él hace la tuya, tú haces la de él, y nada se quedan vuestas mercedes á deber en las cucamonas. Insi nuaste poco ha que en cierta ocasión habías hecho versos; ¿no me has confesado que no sabías ni leer ni escribir? — No los escribí con pluma, señor; no hice sino afilarlos en la memoria, de modo que cuando llegase la oportunidad saliesen sin pisarse entre ellos y en buena formación. — ¿Y qué tales?, preguntó don Quijote. — Como si los hubiera hecho adrede, respondió Sancho; silbaditos y melosos. ¿No es el modo de hacerlos ir contando en los dedos y dándose de calabazadas? — Así trabajan los tontos,

respondió D. Quijote; y sudan, y pierden el sueño, y amanecen con unas ojeras que da lástima. — Con ojeras yo no amanezco, replicó Sancho; pero así los compuse. — Mal año para ti y para todos los que poetizan como tú. Apolo viene por sus pasos, y no se le arrastra como al degolladero. Aun cuando algunos tengan facilidad para metrificar, y aun cuando el vulgo necio los llame poetas, no lo son. La poesía no está fuera del hombre; está dentro de él mismo: inteligencia y sensibilidad, excitadas divinamente por los genios de la belleza y el amor, esto es poesía. El ingenio, cosa muy diferente del genio, puede llegar á mucho, es verdad: los aritméticos tienen ingenio; ingenio árido, sin jugo bienhechor, que no paladeamos sino con trabajo y disgusto. La poesía es húmeda, olorosa; está manando de una fuente viva; en sus ondas se rejuvenecen y embellecen los hijos de las Musas. Poesía es la perfección del alma: elevación de pensamientos, profundidad de sensaciones, delicadeza de palabras; luz, fuego, música interior, esto es poesía. Hay quienes á esfuerzos de su mediana inteligencia, pujando toda la noche, metrifican mal que bien; éstos serán máquinas de hacer versos. — Según esto, dijo Sancho, ¿yo soy máquina de hacer versos? — ¿Haslos compuesto en gran número? — Hasta unos seis. — ¿Pues qué diablo de máquina has de ser? Si te callas, Sancho, te concedo más numen poético que á Juan de Mena; ni es tiempo de oír sandeces tuyas, pues aventura tenemos.»

Habiendo cruzado la aldea de Santi Ponce, oyeron en una casita el rasgar de una guitarra, junto con la voz más tuna que jácaro ha levantado en ningún tiempo. Era una jira ó festín campestre en que unos buenos frailes de San Francisco se estaban holgando con media docena de muchachas alegres de Sevilla. Detuvo D. Quijote su caballo á veinte pasos de la franchela, y después de contemplarlos en silencio y como admirado durante cinco minutos, sin decir palabra arremetió con ellos á todo el correr de Rocinante. Sorprendidos los frailes, no tuvieron tiempo de ponerse en guardia ni de ver lo que les pasaba, y echaron á huir por esos trigos arremangándose los há-

bitos al tiempo que se ponían en cobro. Aquel con quien topó la lanza de D. Quijote, cayó en tierra, asustado más que herido; y como el caballero se aprestase á cortarle la cabeza, se puso en pie con indecible agilidad. D. Quijote le ofreció la vida como hiciese juramento de ir á presentarse á la sin par Dulcinea; mas como al buen religioso le pareció contra la conciencia jurar falso, pues no había él de ir á presentarse á Dulcinea chica ni grande, se negó á lo que su vencedor mandaba, declarando que antes de jurar tal cosa perdería mil veces la vida. «Pues ahora os vendréis conmigo, dijo D. Quijote, y yo sabré para qué penitencia os guardo.» Mandóle en seguida montarse á las ancas de Rocinante, cosa en la cual tampoco vino el fraile. Ciego de cólera nuestro caballero, le amenazó, lanza en ristre, con pasarle de parte á parte si no obedecía al punto. Cogido de un miedo cerval, se alzó el habitillo el padre, y buenamente se acomodó en las ancas con su gorro á la turca y el cogote al aire. Cuando Sancho Panza hubo caído en la cuenta de que no era batalla de peligro, había echado pie á tierra y dedicádose sin reparo á una canasta de bizcocho y un frasco de aguardiente, y los estuvo acariciando hasta cuando su señor le mandó montar á caballo; orden que fué obedecida sin el menor refrán, observación ni pregunta, cosa rara en uno como Sancho. «¿Qué te parece, dijo D. Quijote andando ya, que hagamos de este sarraceno? — No veo, respondió Sancho, por dónde este buen francisco venga á ser sarraceno. Lo que debiéramos hacer fuera entregarlo á su comunidad, y allá su perlado le infrinja el castigo merecido por estas borracherías. — Ya te dejaste decir infrinja; otro despropósito, replicó D. Quijote. Lo que quisiste decir fué imponga; pues el verbo infligir mismo ha caducado en nuestra lengua. Ha de haber mucha oportunidad y elegancia en un anacronismo para que pueda pasar; sírvate de regla esta observación, y no digas perlado, sino prelado. — Yo no entiendo de arnaconismos, dijo Sancho, ni sé de verbos sino que el Verbo divino se encarnó en las purísimas entrañas de María por obra y gracia del Espíritu Santo. — Eso no hay quien lo quite, respondió D. Qui-

jote. En lo de llevar, como dices, á este religioso á su convento, no me parece mal; aunque su perlado le mandará, por castigo, de visitador á una provincia. Tú vas á ver lo que hago.» Como en esta sazón llegaban al monasterio que se levanta á poco trecho de Sevilla, ni por Dios ni por el diablo se hubiera mostrado allí el fraile en postura semejante. Echadas bien sus cuentas, saltó en un pronto del caballo, y entre los árboles y los laberintos de aquel vasto edificio desapareció como una visión, dejando pasmado á D. Quijote.



## CAPITULO LX

DONDE EL HISTORIADOR DA FIN Á SU ATREVIDO EMPEÑO, NO DE HOMBREARSE CON EL INMORTAL CERVANTES, NI DE IMITARLE SIQUIERA, SINO DE SUPLIR, CON PROFUNDO RESPETO, LO QUE Á ÉL SE LE FUÉ POR ALTO.

Por la primera vez en el curso de las aventuras, no quiso D. Quijote seguir adelante; ni Sancho Panza viniera en ello, siendo él uno que no gustaba de andar de noche, ni de pasar un día sin dos comidas por lo menos. Como casi en todos los monasterios sitos en el campo, en éste se da posada al caminante, cuando la tarde ó la lluvia le obligan á llamar á sus puertas. Había cuarto de forasteros y un hermano destinado á cumplir los deberes de la hospitalidad. Apeóse Sancho y dió sus aldabazos en la puerta, de orden de su señor; á cuyos golpes acudió el portero, un buen lego rezongador y dormilón. «¿Quién me viene á romper la puerta á media noche?, dijo desde adentro. — ¡Yo soy, hermano! Abra vuesa reverenda, y sabrá cosas que le han de admirar. — ¿Quién es yo? Fray Aniceto me tiene mandado no abrir á nadie que no dé su nombre. — ¿Será también preciso dar la edad y el seso?, replicó Sancho. Pues sepa su reverenda que soy Sancho Panza, del género masculino, cuarenta y cinco años, poco más ó menos, y por oficio, escudero de D. Quijote de la Mancha. — Seso es una cosa y sexo otra muy diferente, dijo don Quijote. Pregúntale á ese buen padre si fray Aniceto le tiene también mandado tenernos cinco horas retoñando en la humedad

antes de abrírnos. — ¡No dije seso, sino sexo, hermano portero!, gritó Sancho: con este pasaporte, ya puede vuesa reverenda darnos entrada.» Abrió el lego, con gran crujir de llaves y cerrojos: dejando sus bestias al cuidado de un mozo que allí vino, caballero y escudero se internaron en el caserón, conducidos por un donado que los llevó al aposento de huéspedes. Allí fueron servidos con mucha caridad y amor, si bien de manjares sencillos, según costumbre de las comunidades religiosas. «Vuesa merced dispense, dijo el hospedero á D. Quijote, la regla nos prohíbe el vino; y por ser viernes, ni carne hemos podido presentarle. — No es necesaria, respondió D. Quijote. Si vuestas paternidades se abstienen por observancia, el caballero andante prescinde de todo regalo en virtud de su profesión y su temperamento. Buenas son todas las cosas, y mejores mientras más naturales, como sean limpias. Vuesa paternidad ha hecho todo con hacer lo que ha podido. — Favor de vuesa merced,» dijo el fraile, y despidiéndose en latín, *Pacem relinquo vobis*, desapareció por esos claustros.

Había fallecido el día anterior uno de esos que se llaman *padres graves*, fraile octogenario, la historia viva y el respeto del convento. Los dobles eran continuos por el mismo caso, y ese triste campaneó en el silencio del campo y la obscura soledad del anchuroso edificio hubieran infundido melancolía en el corazón más ajeno al afecto de la muerte. D. Quijote sintió una como tristeza funeraria; y no pudiendo ocuparse en obras más ruidosas, le pasó por la cabeza hacer su testamento y tenerlo prevenido para el trance inevitable. Este buen hidalgo experimentaba á menudo grandes conmociones interiores de piedad; aun cuando hubiese muerto loco, no habría olvidado las prácticas de los católicos, siendo, como era, muy adicto á la religión de sus mayores. «¿Qué te parece, Sancho, dijo, si ahora que todo nos está hablando de la tumba, hiciese yo mi testamento, para asegurar este negocio? En tanto que tú duermes, podré fijar por escrito mis disposiciones; y á efecto de imitar al Cid Rui Díaz, explayaré mi voluntad en verso, según te lo insinué mucho antes de ahora. — ¿Qué muerte dice vuesa merced, Sr. D. Quijote,

respondió Sancho, cuando hay todavía en vuesa merced vida para un emperador? Pero es también cierto que del pie á la mano la lía el más sano; y así no me parece diligencia excusada ese buen testamento, como se me deje dormir y no se olvide al escudero en la obrita. — Es cosa mía, repuso D. Quijote; figurárs en tu lugar según tus merecimientos.» Acostándose Sancho Panza, entró de lleno en materia, porque sin preámbulos ni *ólogos* le cogió por la mitad al sueño, con tal gana, que si D. Quijote le hubiera dado de patadas en ese instante, él no se hubiera despertado. Sudó poco el hidalgo en su piadosa tarea, como quien tenía buena disposición intelectual y un cierto despejo en sus locuras; de donde resultaba que sus obras eran fáciles y pergeñadas. Cuando tocaban á maitines, y los frailes, calada la capilla, iban saliendo con lento paso de sus celdas, se llegó D. Quijote á su escudero, y le hizo sentarse, quiera ó no quiera, para que le oyese. Perezoso y desmelenado cedió el buen hombre á las impertinencias de su amo, por no encenderle de ira y hacerse apalea en la cama. Entre dormido y despierto fué el oyente del testador, bostezando de modo que dejaba ver la campanilla. «Tú sabes, dijo D. Quijote, que el Cid Rui Díaz..... ¡Deja de bostezar, camueso! Á nadie le comunico mis ideas para hacerle dormir. — Barba pone mesa, que no pierna tiesa, respondió Sancho, despertándose del todo, como uno que sabía que de la cólera al palo no había mucha distancia en D. Quijote. Prosiga vuesa merced, ya tengo media vara de oreja tendida. — Tú sabes que el Cid Rui Díaz puso esta cláusula en su testamento:

«Item: mando que no alquilen  
Plañideras que me lloren:  
Bastan las de mi Jimena,  
Sin que otras lágrimas compre.»

Pues por aquí yo digo:

Item: mando no dispongan  
Que me lloren plañideras:  
Al llanto ajeno renuncio,  
Si me llora Dulcinea.

Y para mayor abundamiento añadido:

Rocío serán sus lágrimas  
Que mis lauros humedezcan:  
Las compradas poco valen,  
Yo ambiciono las sinceras.  
Del amor el pecho es nido,  
El dolor en él se sienta:  
La que ama, la que padece,  
Desde el corazón las echa.  
Y las que surgen á impulsos  
Desa celestial dolencia,  
Alivian á quien las vierte,  
Á quien las causa consuelan.  
Para un amante es muy grato  
Que su adorada padezca,  
Si su amable pesadumbre  
Esperanza, dicha encierran.  
Esas lágrimas que inundan  
A la que en mí se desvela,  
Para mí son un trofeo,  
Me subyugan y me alegran.  
Las hay empero que nunca  
Las congojas aligeran:  
El amor llorando crece,  
Llorando el amor se aumenta.  
Llorar á tanto por lágrima,  
Eso es vender la conciencia:  
Ni se compran ni se venden  
Nuestras afecciones tiernas.  
¿Para las cosas del alma  
Precio alguno hay en la tierra?  
Llorar de amor es muy dulce:  
Llore, llore Dulcinea.

Item: mando que mis armas  
En mi tumba se suspendan;  
Ni ella tenga otros adornos  
Que mi coraza y mis grebas.  
Coronas para la virgen,  
La lira para el poeta,  
Para los sabios el libro,  
Cada cual tiene su emblema.  
En vida y en muerte al héroe  
Su espada le representa:  
La mía cuélguese al árbol  
Que mi sepulcro sombrea.  
En las edades venturas  
Dirán con respeto al verla:  
Esta fué una muy gloriosa;  
Nadie á tocarla se atreva.

La mano que la empuñaba  
 La meneó con destreza:  
 Al oprimido, al inerme  
 Socorrer era su tema.  
 ¡Qué invencible caballero  
 El señor que la maneja!  
 Pura bondad con el bueno,  
 Con el malo cosa horrenda.  
 Al postrado le levanta,  
 Allí su tuerto endereza.  
 Si un soberbio da en sus manos,  
 Le castiga la soberbia.  
 A su sombra puesta en salvo  
 La viüda se contempla:  
 Huerfanillo, ése es tu padre;  
 Ése es tu hermano, doncella.  
 Mi capacete, mi yelmo,  
 Mis brazales, mi babera,  
 Mis manoplas, mi loriga  
 Pónganse dentro la reja.  
 Y si la gloria me prende  
 Una lámpara perpetua,  
 Arderá junto á la llama  
 Que de mis armas se eleva.

Item: mando que construyan  
 Una pirámide egregia  
 Do repose mi caballo  
 Para su memoria eterna.  
 Esto es si no se le erige  
 Una ciudad estupenda,  
 Como ya hizo para el suyo  
 El gran capitán de Grecia.  
 Legado honroso y amable  
 Que obliga á los que me heredan:  
 Si mucho pedir es esto,  
 Hágase lo que se pueda.  
 Pero en menos no consiento  
 Que en oro su imagen bella  
 Se labre, y en un museo  
 Con grande honor se le tenga.  
 Si se llamó Bucefalia  
 La ciudad de aquella pieza,  
 La ciudad de Rocinante  
 Se llamará Rocinecia.  
 Y como van peregrinos  
 Los turcos hacia la Meca,  
 Seguirán los caballeros  
 De Rocinante la estrella.  
 Mi caballo, ¡mi caballo!,  
 Mucho el dejarte me pesa;  
 Pero no puedo llevarte  
 Do la eternidad me lleva.

Siempre con bien me has sacado  
 De la batalla sangrienta:  
 Sobre ti nunca he temido  
 Tomar sobre mí una empresa.  
 Humilde para tu dueño,  
 Alto y soberbio en la guerra,  
 En el andar ¡qué constancia!,  
 En el comer ¡qué modestia!  
 La triste menuda grama  
 Te bastaba en la floresta,  
 Y aun menos si sucedía  
 Que durmiéramos en venta.  
 Como animal, todo esfuerzo;  
 Como amigo, á toda prueba:  
 Lealtad y simpatía,  
 Gratitud y consecuencia.  
 Tomad, hombres, el ejemplo  
 Desta incomparable bestia:  
 Grandes sed, pero sufridos;  
 Sacad fuerzas de flaqueza.  
 Ítem: mando que los quintos  
 Del completo de mi hacienda  
 A Sancho Panza se entreguen  
 Por premio de su asistencia.  
 Los salarios son apartê,  
 En los quintos eso no entra;  
 El precio de su trabajo  
 A nadie se le descuenta.  
 Escudero decidido  
 Como pocos en la tierra:  
 Si yo con hambre, él con hambre;  
 Si yo peleo, él pelea.  
 En el vaivén de la noble  
 Profesión caballeresca,  
 Siempre á mi lado mostrando  
 Virilidad y firmeza.  
 Necesidades, fatigas,  
 Manta, palos y refriegas,  
 En la impavidez de su alma  
 Cualquier trabajo se quiebra.  
 Comer, si quiere la suerte;  
 Dormir, si tiempo nos queda;  
 En este sinfín de angustias  
 Mi escudero ni una queja.  
 Escudero, ¡mi escudero!,  
 Para ti no hay recompensa;  
 Según lo que tú mereces  
 No hay cosa que no merezcas.  
 Hecho el desfalco del quinto,  
 Esa manda satisfecha,  
 A mi sobrina le toca  
 Lo restante de mi hacienda.»

Se le fuerón las lágrimas á Sancho Panza á las últimas cláusulas, y no halló términos con qué manifestar su agradecimiento á su señor. Como hubiese aclarado del todo, caballero y escudero salieron á misa, ya de buenos cristianos, ya por no escandalizar con partirse sin oilla. En el ínterin se les metió en el cuarto un fraile husmeador, que así de vana y baja curiosidad, como de malicia, todo lo inquiría y requería por si algo sacaba en su provecho, siendo como era el más ruin y mal intencionado, no solamente de esa, sino de todas las comunidades. Era este fraile el hermano José Modesto. Embaidor y socarrón, cuando no tenía entre manos una picardía, no le faltaba una burla que hacer á sus hermanos y superiores. Con esconder el brazo desde luego, y con negar si era descubierto y jurar por Dios Nuestro Señor, todo estaba hecho para él. Arrugado, amarillo, sus ojos triangulares y vidriosos no miran jamás en línea recta. Malo como feo, este santo hombre no carece de ingenio, y se aprovecha de él cuanto puede en daño de sus semejantes. Entró, como queda dicho, el hermano José Modesto al cuarto de don Quijote, vió un papel sobre la mesa, lo leyó, y tras una sonrisa diaboluna por entre la cual comparecían las teclas de piano viejo que le sirven de dientes, después de un rato de meditación, agregó de muy buena letra al testamento de D. Quijote la cláusula siguiente:

Item más: si con el tiempo  
A ser andante viniera  
Alguno de mi prosapia  
Que de la nada aún no llega,  
Mando que para escudero  
A Sancho Panza se atenga,  
Porque á lo fiel, á lo honrado  
Añade éste la experiencia.  
Y en alcanzando el imperio  
Que al buen andante le espera,  
Hágale conde ó gran maestro:  
Así D. Quijote premia.

## ÍNDICE

	Páginas
<i>El buscapié</i> (Prólogo de un libro titulado ENSAYO DE IMITACIÓN DE UN LIBRO INIMITABLE Ó CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES). . . . .	V
CAPÍTULO PRIMERO. — De la penitencia que á imitación de Beltenebros principió y no concluyó nuestro caballero don Quijote. . . . .	I
— II. — Del encuentro que D. Quijote de la Mancha tuvo con Urganda la Desconocida. . . . .	6
— III. — De la manera como D. Quijote de la Mancha hizo suya una aventura de otro famoso caballero. . . . .	11
— IV. — De la grande aventura de los tres penitentes y otras de menos suposición. . . . .	16
— V. — Donde se ve si devotos se quedan con los agravios que reciben, y se da cuenta de cómo don Quijote embistió á una legión que él tuvo por de mala ralea. . . . .	23
— VI. — Donde se da cuenta del ágape que honró con su presencia D. Quijote de la Mancha. . . . .	30
— VII. — Donde continúa el festín del cura, dado con la ocasión que ya sabemos. . . . .	34
— VIII. — Donde se descubre la ingeniosa manera de que el cura usó para dar un banquete sin que le costase un maravedí y se trata de Sancho Panza y la revuelta en que se vió metido muy á pesar suyo. . . . .	38
— IX. — Que trata de cosas varias é interesantes por sí mismas, y todavía más por la parte que en ellas tomó D. Quijote de la Mancha. . . . .	43
— X. — Del encuentro que tuvo D. Quijote con un poderoso enemigo, y de los trabajos que á esta aventura sucedieron. . . . .	49
— XI. — De la temerosa aventura de la cautiva encadenada. . . . .	53